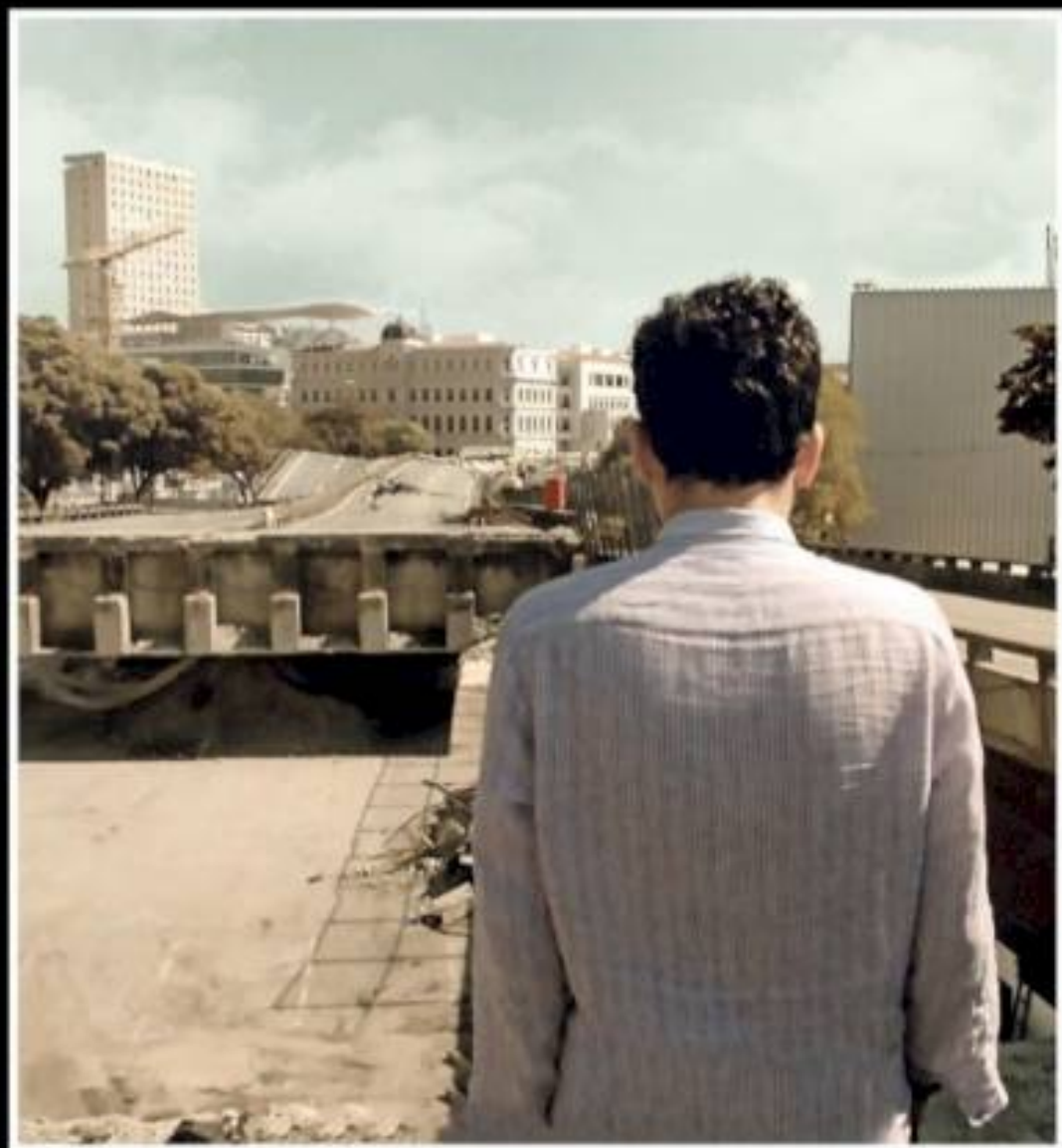


J. P. Cuenca



DESCUBRÍ QUE ESTABA MUERTO



En 2011, J. P. Cuenca recibe la noticia de que un cadáver fue identificado por la policía con su partida de nacimiento. Luego de ser citado en una comisaría y de tener un expediente con documentos que prueban su propia muerte, Cuenca inicia una alucinante y vertiginosa investigación para intentar explicar el hecho.

Con la ayuda de un periodista y de un detective privado, en la búsqueda de sí mismo como difunto Cuenca recorre con desesperación febril la geografía del Río de Janeiro preolímpico, en pleno proceso de transformación, mientras describe el repertorio cínico de intelectuales, burgueses, artistas y pseudoartistas con los que se cruza en su descenso al Hades tropical. Ensimismado en esa investigación criminal, el protagonista se sumerge en el inframundo de la ciudad y de su propia existencia.

João Paulo Cuenca, seleccionado por la revista inglesa *Granta* como uno de los jóvenes escritores brasileños más destacados, mantiene en vilo al lector hasta la última página de esta aventura autobiográfica narrada desde un improbable borde más allá de la muerte.

João Paulo Cuenca

Descubrí que estaba muerto



Título original: *Descobri que estava morto*
João Paulo Cuenca, 2016
Traducción: Martín Caamaño, 2017



Vins

Revisión: 1.0
Fecha: 12/11/2019

Para Cristiane y Sérgio

La franqueza es la primera virtud de un difunto.

BRÁS CUBAS

Noticia

1

Descubrí que estaba muerto mientras intentaba escribir un libro. Todavía no era este libro.

Yo vivía con mi mujer en un departamento del contrafrente, ubicado dos pisos arriba de un restaurante. Los empleados tenían la costumbre de reunirse en el patio de la planta baja, en ese espacio interno en que las construcciones de la cuadra forman un poliedro sin intimidación. Allí comían, fumaban, usaban el teléfono, se ponían a conversar. Sus palabras traspasaban las paredes de mi casa. Era como compartir el *Inferno* de Strindberg y oír las voces que lo perseguían por los hoteles baratos de París en el crepúsculo del siglo XIX. Pero esto era Río de Janeiro y, a diferencia del escritor sueco, yo no estaba loco.

O es lo que quería creer. Como las conversaciones a los gritos me despertaban todas las mañanas y no me dejaban trabajar durante el día o coger por las noches, solía llamarlos por teléfono para quejarme del barullo. Cuando estos reclamos terminaban en nada, les gritaba desde la ventana:

—¡Cállense la boca, hijos de puta!

Una noche, luego de un breve intercambio de insultos, les tiré lo primero que tenía enfrente: una bolsa de residuos llena de cartas. En respuesta, alguien lanzó un huevo a la ventana de la sala. Mi mujer lloró. Mientras la clara todavía chorreaba por el vidrio, ellos recogieron los sobres y fueron a la comisaría más cercana.

La policía me fichó bajo la acusación por los delitos de Amenaza y Arrojo de residuos en el Expediente del Caso

n.º 014-03595/2011.

2

Tres días después, una llamada me despertó a las once de la mañana. Era el último sábado de abril de 2011.

—Hola.

—¿Quién habla?

—¿Con quién quiere hablar?

—¿El señor João Paulo?

—Sí.

—João Paulo Vieira Machado de Cue... —duda.

—Cuenca.

—Sí. ¿Hijo de Maria Teresa Vieira Machado y Juan José Cuenca?

—¿Quién habla?

—De la comisaría 5.^a, soy el inspector Gomes y nosotros iniciamos el sumario después de la denuncia por el problema aquel con el restaurante.

—¿Sí?

—Y aquí hay otro expediente, fechado el 14 de julio de 2008, con su nombre.

—¿De 2008?

—Sí.

—No tengo la menor idea.

—Este certificado informa su fallecimiento.

—¿Qué?

—Su certificado de defunción. Aquí está escrito que usted está muerto.

—Yo no estoy muerto.

—¿Conoce a una tal Cristiane Paixão Ribeiro?

—No.

—Será mejor que venga a la comisaría para esclarecer esta historia.

—¿Ahora?

3

Camino a la comisaría, que quedaba en el centro, miraba la playa por la ventanilla del taxi.

Visto desde el océano, el coche era un pequeño punto metálico reflejando el sol mientras avanzaba delante de la tripa de edificios en las avenidas a orillas del mar. Al fondo, el gigantesco Macizo da Tijuca dominaba el paisaje con sus tonos verdes sobre la piedra.

La muralla natural que divide Río de Janeiro incluye la sierra jorobada del Corcovado, el Morro Dois Irmãos y la Pedra da Gávea, divisores entre la zona sur, la zona norte y la Barra da Tijuca. Desde lo alto de los morros, el panorama sinuoso de las favelas desemboca en un palillero de edificios recortado por los intentos geométricos de las avenidas asfaltadas hasta la playa y lo azul. En lo alto de aquel sube y baja topográfico que mezcla ladrillos con la Mata Atlántica, los pobres observan a los ricos de arriba hacia abajo. Muchos de ellos trabajan en las casas de los habitantes del asfalto —en la cocina, en la portería o cuidando a sus hijos— y además prestan el servicio de *delivery* de comidas, remedios y cocaína. A su vez, los jefes del narcotráfico en las favelas que cercan la zona sur y los personajes que habitan departamentos de mil metros cuadrados por detrás de las fachadas espejadas de las avenidas frente al mar mantienen lazos todavía más estrechos entre sí.

La ruta del dinero involucra a políticos de alto rango, ejecutivos del mercado financiero, puestos clave de la policía militar y civil, milicianos, diputados, constructores, trafi-

cantes y pastores neopentecostales que se dedican a lavar plata. Mientras en la punta del negocio están los jóvenes negros y descartables armados con fusiles en las arterias poco iluminadas de los morros, cuabras abajo los comerciantes con *jacuzzis* y pinturas de Romero Britto y Beatriz Milhazes en el *living* con vista al Atlántico los irrigan con dinero, contactos, armas y drogas. Mientras el ayuntamiento y el Estado abren caminos para que los contratistas y las concesionarias privadas de servicios públicos controlen eficientemente la ciudad, los gobernantes garantizan su continuidad por medio del dinero de los socios que financia las campañas electorales, además del *lobby* por el prohibicionismo y por una política de represión bien armada y cada vez más cara. Al controlar el flujo de caja y el clima de guerra, el *statu quo* del crimen organizado estatal y de sus ramificaciones paramilitares que escalan los morros de Río de Janeiro está eternamente garantizado.

Si quisieran drogas, muchos de los residentes de aquellas torres de mármol no necesitarían llamar al moto-avión del Morro do Vidigal o de la Rocinha. Bastaría comunicarse con el piso más alto del edificio y saltar a los intermedios. Pero sería descortés de solo pensarlo.

Al final, aquel era apenas otro fin de semana soleado, y los bien adaptados ciudadanos de Río de Janeiro caminaban, corrían, andaban en bicicleta por la vereda, jugaban variaciones del fútbol: *futvóley*, el loco, arco a arco. Ellos tomaban agua de coco en los quioscos que están al lado de la playa de Ipanema, hacían ejercicios en los aparatos de metal, bronceaban sus prósperos cuerpos en la rambla. Las mujeres los ignoraban mientras desfilaban su salud comprimida en ropas dos talles menores, mirando al vacío con pasos apresurados.

En aquel escenario brillante fue donde cuatro décadas antes mis padres se conocieron. Un hombre recién llegado de Buenos Aires —vino a comienzos de los años setenta buscando una existencia sabática y bronceada— y una mu-

chacha de familia noble, aunque sin un peso, que trabajaba en una inmobiliaria. Frecuentaban el mismo punto de la playa. Nací dos años después de aquel tropiezo, y lamentablemente el lado luminoso de la joven pareja se perdió en la genética. Si mi padre era esperanzado y atlético y mi madre, generosa y dedicada a los afectos, de aquello no quedó nada: de él heredé la inclinación hacia las actividades antieconómicas y la fanfarronería; de ella, el genio irritable y angustiado.

Dejando de lado breves períodos, siempre rechacé la exposición de la playa. Raramente iba, aunque viviese a tres cuadras. Mi mujer insistía:

—No lo aprovechas. Sería tan saludable.

Siendo un niño de físico limitado y con talento para las enfermedades, tal vez rechazaba la franja de arena porque me gustaba vivir fuera de mi cuerpo. O negarlo y fingir que era otro. Pensaba en eso mientras, por la ventanilla del taxi, la ciudad se iba transformando desde Copacabana hasta la playa de Botafogo. Después, los jardines del Aterro de Flamengo, Gloria y el centro se anunciaban al final de la plaza Paris, todo aquello, otrora un gran pedazo de mar relleno por toneladas de piedras extraídas del Morro do Castelo. Punto de la fundación de la ciudad, el Morro y sus 470 construcciones, incluyendo iglesias, casonas y plazas, fueron completamente demolidos al comienzo de la década del 20. Los cinco mil cariocas pobres que ocupaban la zona equivalente a 18 cuadras con 63 metros de altura fueron expulsados de allí sumariamente, como los jesuitas por el Marqués de Pombal en el siglo XVIII y los indios tamoios y los franceses por Estácio de Sá a partir de 1565.

A mi padre le gustaba recordar:

—Hace menos de un siglo atrás, esa larga avenida y los jardines estaban sumergidos. El agua llegaba hasta el Outeiro da Gloria.

Del lado de afuera del auto, el sol me recordaba la instalación del artista colombiano Óscar Muñoz, que había vis-